

PRÓLOGO por Manuel Jabois

En septiembre, calor en Medellín, nos reunimos unos cuantos periodistas alrededor de la gloria agitada de Gabriel García Márquez que se expande desde Colombia. Era el segundo día de congreso y yo estaba en la habitación, a punto de acostarme, cuando decidí bajar para conversar un rato con Antonio Rubio. Rubio, una de las leyendas españolas del oficio, es el jefe del master de investigación de *El Mundo*. Cuando llegué me lo encontré con Sindo Lafuente, que dirigió las webs de *El Mundo* y *El País* y *soitu.es*, y un chaval de gafa grande que bebía despacio una cerveza como si fuese un vaquero. Me senté a la mesa y miré al fondo, a otra mesa alejada, más larga, colocada en ninguna parte, en donde conversaban los viejos gigantes del periodismo latinoamericano e íntimos de García Márquez.

El chico salió a fumar y me fui con él. Me dijo que se llamaba Alberto Arce. Yo conocía a Alberto Arce, había leído *Misrata Calling*. Recordaba la hermosa dedicatoria que Libros del KO, su editorial, hizo cuando Ricardo García Vilanova y él ganaron el Rory Peck, el llamado Pulitzer de los freelance, por un documental hecho allí, en Libia: «A todos los jefes de

medios españoles que ignoraron y humillaron con propuestas de trabajar gratis a Alberto Arce y Ricardo García Vilanova: joderos». Empezamos a fumar esparciendo el humo por encima de Medellín, subidos a unas sillas altas como de juez de tenis, y señalé con nostalgia la mesa flotante en la que hablaban las primeras espadas del congreso.

—Lo que sería estar ahí escuchando.

Arce me miró con desprecio.

—¿Allí para qué? ¿Qué te van a decir?

Balbué un poco, aclarando que eran hombres reputados y que habían convivido con el Nobel, y que aquello siempre daba cierta lujuria a la conversación.

—Con los que tienes que andar están ahora en la barra del hotel. Las putas que hacen la calle, no estos retirados. Yo te los presento.

Había planeado mi semana en Medellín como un monje sin tortura de conciencia, alejado de alcohol y amarrado a unos libros y un ordenador. Refunfuñé algo y volvimos a la mesa. Pero allí la mirada felina de Arce, que había visto en mí una presa, ya no me dejó en paz. Apuramos una cerveza más y vimos llegar, como entre vapores de alcantarillado, a un chaval fuerte con los pechos tatuados y pescata, ese pelo de la nuca que se riza cuando en España estás en la Gurtel y en El Salvador en una pandilla.

Arce no me lo presentó (creo que Arce nunca presenta a nadie) pero dijo: «Nos vamos con éste. Vamos a Medellín, al Guanábano y a donde sea, a beber y a conocer la calle, y el bar». Aquello tenía pinta de naufragio en toda regla; pese a eso, le dije que no. Se marchó dejándome por imposible y al cabo de media hora, cuando ya lo creía en la ciudad, volvió.

—¿Eres *periodista* o qué eres exactamente, un tipo que cuando viaja se mete en cama?

Nos fuimos con Diego Fonseca, nos fuimos con Teresita Goyeneche, con Óscar Martínez, de la Sala Negra de El Faro de San Salvador, el chico de los tatuajes.

Conocí a Alberto esa noche y las siguientes, y hablé con él lo suficiente como para saber que si le hubiese levantado la bota encontraría restos de los mismos cadáveres de los que Bernhard decía que estaba hecho el periodismo, porque uno crecía tropezando con ellos. Allí estaba aquel corresponsal de lujo de Associated Press en América publicando en los periódicos más distinguidos del mundo, sus páginas nobles, los resultados de investigaciones truculentas que iban desplazando, cada una, las miserias del ser humano a un estadio superior.

Hablaba de España con algo que parecía resentimiento, el olvido habitual del país a quien triunfa fuera porque no le dejaron dentro, y que luego interpreté como una ira muy calibrada, el combustible que cada uno quema dentro para ser mejor cada día y demostrarlo, antes que nada, a sí mismo. «En las universidades y en los congresos de periodismo me llaman a mí, que escribo en pijama, Alberto. A ver si es que te manchas demasiado», le dije.

Todas los soliloquios que armó aquellas noches, incluida una que se nos fue a la mañana siguiente en una habitación del hotel sembrada de cuerpos durmientes, están incluidos en este libro como práctica, no como teoría. Arce lleva varios años paseándose por el horror y disfrazándose del horror mismo, mimetizándose con la chusma que denuncia para que le reconozca como propio y abrirle sus cajones. Ese trabajo de escritura hermética ha repercutido en su vida desordenada, nómada, insana, y tengo la sensación que de algunos reportajes no ha terminado de salir: se ha quedado a vivir dentro de ellos como una de sus fuentes, sin reconocerse a sí

mismo y sin saber si algún día tendrá que escribir por dentro todo lo que ha escrito por fuera para poder salvarse.

Nada más aterrizar en San Salvador me envió la imagen de una fosa común en la que retoñaba un cráneo limpio, hermoso y brillante sobre el que se podría haber escrito este libro. Esa cabeza no pertenecía al pasado que se reunía en la mesa de los antiguos gigantes de la crónica que yo había visto en la cena de Medellín, deseando ir a reunirme con ellos bajo un deslumbramiento adolescente. Eran los huesos sobre los que se estaban levantando, llenos de polvo, los testigos ensangrentados que andan contando como *broken wings*, alas rotas, la historia central de América, que siempre es una historia de traición y muerte.

NOVATO EN NOTA ROJA

Cuando el teléfono suena y toca a muerto